

# SUERO DE UNA NOCHE DE VERANO

ENFERMERA SATURADA



SI ME ENAMORO  
EN EL HOSPITAL...  
¿ES UN AMOR NOSOCOMIAL?



Más de 150.000  
ejemplares vendidos

¿Cansada de los interminables turnos de noche? ¿Tu supervisora no paga el bote del café y desayuna tres veces? ¿No soportas a esa compañera que se esconde en el baño cuando timbra el paciente aislado? ¿Tu tutora te manda tomar tensiones con el manguito que no pega?

¡No sufráis más!

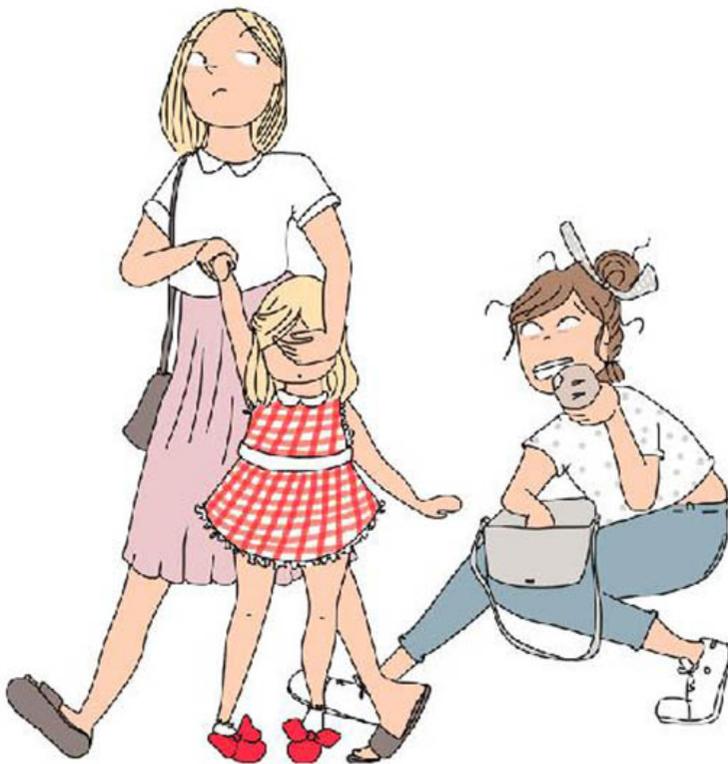
¡La Florence Nightingale de las redes sociales ha vuelto a ponerse el pijama!

Este libro no os sacará de hacer noches, pero al menos hará que las hagáis con una gran sonrisa.

A mis abuelos, por todo lo que me han  
aportado,  
en especial a Avelina y a «Padrino»

La salud es algo que damos por  
sentado, pero pende de un hilo tan  
fino como el de una telaraña.

JENNIFER WORTH  
*Shadows of the Workhouse*



## PRIMER ACTO

### De cuando Satu quiso empadronarse en el hospital

Aquel verano comenzó igual que todos mis veranos desde hace algo más de diez años: con una llamada de la mujer de la bolsa de empleo.

Cuando una es enfermera, los tiempos no los marcan ni las estaciones del año, ni el curso escolar, ni el calendario. Ni siquiera los cambios de armario de las youtubers de moda o las rebajas de Amancio. Cuando una es enfermera, los tiempos en tu vida los marcan la academia de oposiciones y la mujer de la bolsa, o lo que es lo mismo: los rumores de oposiciones y los contratos de vacaciones en el hospital. Y es así, con esa llamada que parece que nunca llega, cuando sabes que empieza la Navidad, Semana Santa, Carnaval y el verano. Y luego está la travesía por el desierto que supone el otoño, durante el cual compruebas cada mañana que tu teléfono móvil sigue teniendo cobertura pero que el problema no es ese, sino que en el hospital casi nadie se marcha de vacaciones.

Hacía apenas unos meses que había vuelto a Madrid tras probar suerte fugazmente como enfermera en Reino Unido, y decidí que era el momento de dejar el piso compartido en el centro y mudarme por enésima vez. Este sí parecía el apartamento perfecto, y sólo deseaba que aquella mudanza fuese la definitiva. Al menos este piso era exte-

rior y superaba los veinticinco metros cuadrados; tal vez pudiera borrar de mi mente esa extraña y triste experiencia de trabajar en habitaciones de hospital del mismo tamaño que mi apartamento. Pese a todas las incomodidades que pueda tener vivir en el centro de una gran ciudad, me negaba a abandonar Malasaña, el barrio que me acogió con los brazos abiertos cuando llegué a Madrid por primera vez, hace ya cuatro años, y adonde llegué con toda mi vida metida en dos maletas tan rotas que bien podrían ser una metáfora de mí misma.

Con casi veintiún años, nada más terminar la carrera de Enfermería en A Coruña, salí de casa dispuesta a comerme el mundo. Me había pasado los últimos años recorriendo la geografía española con mi título bajo el brazo, trabajando en residencias de ancianos, mutuas, centros de salud y hospitales de todo tipo. Siempre con contratos precarios y tan breves como mis amoríos, y es que no es fácil encontrar a una persona que entienda que los turnos de mañana, tarde y noche organizan nuestras vidas, incluso en Nochebuena, y sea capaz de renunciar a tanto. Si nosotras conseguimos hacerlo es gracias a nuestra, en ocasiones, maldita vocación. Estoy segura de ello.

Justo un año antes de pisar Madrid por primera vez, me había enrolado como enfermera de crucero buscando un poco de estabilidad laboral... bueno, y también porque mientras trabajaba en el Hospital de Palma de Mallorca conocí a un marinero, el oficial de Puente Jean Paul. Me dejé liar, y durante meses estuve recorriendo el Mediterráneo de punta a punta a bordo del *Costa Fascinosa*.

Como podéis imaginar, aquella relación marítima no terminó demasiado bien. Así que decidí poner tierra de por medio y echar el ancla en Madrid. Allí el barco lo tenía difícil para ir a buscarme. Sólo pensaba en empezar de cero en una ciudad nueva para mí, pero en la que nadie se siente forastero. Sin amigas, sin ataduras y casi sin dinero, pero con las mismas ganas y la misma ilusión que el día que aca-

bé Enfermería. Todo con tal de olvidar para siempre a Jean Paul y sus labios con sabor a sal, que a estas alturas probablemente seguirá surcando los mares con otra sirena.

Está claro que hay personas que pasan por tu vida para enseñarte todo lo que no hay que hacer, y él era una de ellas. De esos hombres que, sin que apenas te des cuenta, te sacuden entera y te mueven los cimientos, como si fuesen un terremoto, pero ahora era a mí a la que le tocaba rebuscar entre los escombros.

Pensaba que a esta edad ya no debería de doler tanto, pero me equivocaba. En los días de soledad en aquel piso compartido del centro de Madrid aprendí que hay un momento en la vida en que la felicidad se reduce a las cosas que te proporcionan paz. Me la jugué a todo o nada, y en Malasaña logré reconstruirme. El tiempo de ser la Jacques Cousteau de la enfermería hacía mucho que había tocado a su fin.

El nuevo apartamento tenía un pequeño balcón con baldosas de dos colores que hacían que el suelo pareciese un tablero de ajedrez. El cierre consistía en una barandilla de forja, de apariencia frágil, de la que colgaba un macetero cargado de buganvillas que hacía destacar el balcón entre todos los demás. Daba a una concurrida calle del barrio, y tenía el espacio justo para colocar una silla donde poder sentarme a disfrutar de un buen libro, relajarme después de los turnos, observar el ir y venir de la gente y empaparme de la vida que corre por las calles de Madrid: los lateros, las parejas, los asiáticos que venden comida en las esquinas, las prostitutas, los chaperos, las modernas, los hipsters y los pijos, los guiris y las señoras cargadas con bolsas del Primark de Gran Vía. Todo eso y mucho más era Madrid, y aquel pequeño balcón, su gran escaparate y el ojo de buey de mi camarote lejos de Jean Paul.

De los vecinos del edificio no puedo contaros demasiado, no porque en general no parezcan buena gente, son de esos que saludan si te los cruzas en la escalera, pero es que

mis horarios y los suyos no coinciden demasiado. ¡Qué queréis! Soy enfermera a turnos, a los turnos que no quiere nadie para ser más exactos, y por eso mismo llevo una vida totalmente al revés que la gente con trabajos normales.

Al poco de instalarme, me crucé en el portal con los vecinos del primer piso, un domingo a las nueve de la mañana. En el primero vive una familia de cuatro, de esas que parecen sacadas de un libro de catecismo: padre, madre, niño y niña, todos vestidos como para ir al Club de Golf sea el día de la semana que sea y la hora que sea. Justo en el momento en que ellos salían de casa, yo estaba arrodillada frente al portal con el bolso apoyado en el suelo. Yo volvía de hacer el turno de noche en el hospital y no había dormido, tenía unas ojeras que me llegaban hasta los tobillos, el pelo recogido con un trozo de venda elástica en una coleta casi deshecha, y un bollo de pan a medio comer que a duras penas sujetaba con una mano, mientras con la otra trataba de encontrar las llaves de casa, que estaban en algún lugar entre el móvil, los tiquets de la compra, el monedero, el cargador, los pañuelos de papel y el pintalabios.

—¡Buenos días! Ay, no cierren la puerta que así ya entro —dije con la mejor cara que se puede poner después de un horrible turno de noche.

—¡Niños, no miréis! —dijo ella mientras trataba de apartar la mirada a sus hijos y se marchaban resoplando calle arriba.

—Pero ¡que soy enfermera! ¡Que no vengo de fiesta! —respondí angustiada. Aunque, no nos engañemos, si el sábado por la noche no hubiese tenido turno habría salido a darlo todo como la que más. Os puedo asegurar que ni me oyeron.

Del mensajero de mi zona que me trae las compras online, para qué contaros nada. Entre que él viene cuando le da la gana y no cuando ponen en la web de seguimiento, y que por la mañana unas veces no le abro porque estoy en el hospital y otras porque estoy tratando de recuperarme

del turno de noche, con tapones en los oídos y un antifaz de unicornios que compré en Primark, ha optado unilateralmente por dejarle mis paquetes al chino del supermercado de enfrente. Qué queréis, cuando a una siempre le ponen turno los primeros días de rebajas, no le queda otra que tirar de tienda online si quiere encontrar algo que merezca la pena.

Aunque si algo iba a merecer la pena eran mis nuevas vecinas, aunque yo por aquel entonces aún no lo sabía.

Ese verano, la ruleta mágica de los contratos de la mujer de la bolsa de empleo giró y giró... y decidió que iba a pasar la época estival en la planta de Cardiología. «De algo me tiene que servir mi experiencia recomponiendo corazones rotos», pensé. Lo mejor de todo era que esta vez me había tocado un hospital muy cerca del nuevo apartamento, tanto que incluso podía ir caminando... y tanto que, según Luchi, la supervisora de la planta, iba a poder hacer turnos hasta el infinito porque «te queda al lado de casa».

Al día siguiente de la llamada de la bolsa me presenté en el hospital.

—¡Hola! Me llamo Satu, soy la enfermera que viene para cubrir las vacaciones.

—Ah, sí. Cada día las mandan más jóvenes —dijo Luchi entre dientes, y yo me alegré de que diez años después siguieran confundándome con una recién graduada—. Toma, rellena esta ficha con tus datos para los de recursos humanos, y luego te enseño la unidad y te presento a las compañeras antes de que vayas a por un uniforme.

—Ya está.

—Oh, pero si esta calle está aquí al lado. ¡Estupendo!

Aquella alegría desbordante no era por mi bienestar o por lo que iba a ganar en calidad de vida al ir caminando al trabajo, para nada. Era porque ese verano, además de la cantidad ingente de turnos que habitualmente nos colocan a las sustitutas, Luchi iba a hacer sonar mi teléfono cada

uno de los pocos días libres que tuve para que acudiese a reforzar la planta, aunque fuese por unas horas.

Hace años una enfermera veterana me dijo: «Sospecha siempre que veas a tu supervisora feliz, porque eso es que va a joder a alguien», y tenía razón. Creo que «Total, llegas en un momentito» fue la frase que más oí ese verano, hasta el punto de que pasé tantas horas allí metida que llegué a pensar seriamente que empadronarme en el hospital no era tan mala opción: me ahorraría el alquiler del apartamento, e incluso podría anunciarlo en Airbnb para turistas y sacarme un dinerillo; también podría pedir que me entregaran las compras online en Admisión y así dejar de discutir con el chino para que me diese mis envíos (al fin y al cabo, siempre es más fácil que me encuentren en el hospital que en casa); tendría luz, agua caliente y aire acondicionado pagados, y encima el hospital concede un día libre por mudanza. Además, contra todo pronóstico, las chicas de personal me dieron taquilla en los vestuarios, y lo que cabe en un piso de veinte metros entra allí sin problema. Creo que me faltó haber encontrado un felpudo mono para ponerlo en la puerta del vestuario y hacerlo oficial, porque la tienda de campaña Quechua 2 Seconds ya la tenía en la taquilla.

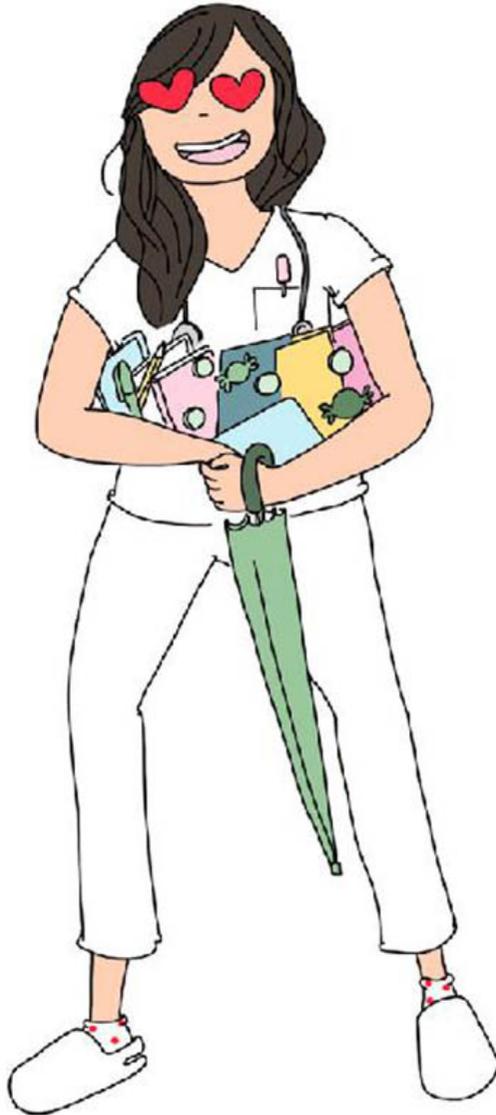


Salí del hospital y volví caminando a casa mientras miraba una y otra vez con desesperación los turnos que me había dado Luchi para ese verano. Eran casi todo tardes y noches, y sólo libraba un fin de semana, el que justamente me había pedido una de las enfermeras cuando la supervisora hacía las presentaciones oportunas.

Otro verano en el que mis amigas volverían a hacer un cartón a tamaño natural con mi foto, para poder llevarme por ahí a los festivales de verano y que yo también saliese en las fotos. Todo para que quien me sigue en Facebook crea que llevo vida de persona joven con un empleo normal, en el que te dan vacaciones y puedes disfrutar del sol y la playa. Y es que lo peor de trabajar en verano es que ves cómo todas van poniéndose morenas menos tú, que pasas de blanco a negro, pero por lo quemada que te tienen. Al menos este año me ha tocado en Cardiología, que está en la cuarta planta, y con el sol que entra por las ventanas algo de colorcito seguro que cojo... Podría haber sido peor, si la mujer de la bolsa me hubiese enviado a Farmacia, en el sótano del hospital.

Cuando trabajaba en Palma de Mallorca, al salir de los turnos de noche me iba a dormir a la playa del Arenal y así iba cogiendo color. Total, en medio de los alemanes que dormían la borrachera disimulaba bastante bien... el tono de piel blanco y las ojeras eran las mismas. Pero en Madrid la playa me quedaba un poquito más lejos. Claro que mucho peores fueron los meses que trabajé en Reino Unido, que no tomaba el sol ni por la calle de camino al hospital y estaba más blanca que el uniforme.

En fin. Siempre me quedará el consuelo de que Luchi lo hacía por mi bien, para que cobrara muchos complementos de nocturnidad y algún que otro festivo. Así me lo soltó mientras me entregaba la planilla de turnos. Si es que me ha tocado una supervisora que es todo bondad y generosidad. No sé cómo no le han puesto ya su nombre a una roncada del hospital.



## SEGUNDO ACTO

### De cuando Satu y sus compañeras se fueron de congreso

Hace unas semanas, poco antes del verano, la supervisora de planta interrumpió nuestros minutos de paz en el desayuno para decirnos que iba a colgar en el corcho no sé qué de un congreso de enfermería.

La verdad es que no le prestamos demasiada atención. Los quince minutos que sacamos para el momento del café no son para escuchar a la supervisora, ese es nuestro ratito, y sólo permitimos que tenga la osadía de romper nuestro descanso el timbre de una habitación. ¡Qué manía de venir a interrumpirnos! Si está Luchi presente, el momento del desayuno ya no es lo mismo porque no la podemos criticar... Bueno, quien dice criticar dice despellejar cual manada de hienas, pero oye, para eso es supervisora y lo cobra en incentivos. Estoy segura de que uno de los complementos de su nómina es ese, pero lo pondrán más bonito.

El caso es que días después, estando de turno de noche, me puse a leerlo por aquello de entretenerme un poco y no quedarme dormida en cualquier esquina. Como no podía ser de otra forma, era un congreso que se iba a celebrar en Cuenca, ciudad apasionante donde las haya. Y digo que no podía ser de otra forma porque, como ya comenté en alguna ocasión, si algo tienen en común absolutamente todos los congresos de enfermería es que se celebran en